Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas

EL BUS MISTERIOSO



ESCRITOR **MIGUEL MENDOZA LUNA**
ILUSTRADOR **RAFAEL YOCKTENG**





EL BUS MISTERIOSO

EL BUS MISTERIOSO



Escritor **Miguel Mendoza Luna**
Ilustrador **Rafael Yockteng**

Esta colección es un homenaje a la vida y la memoria de Ana María Cuesta León (QEPD)

«Entendí que la vida está llena de
momentos oscuros y claros.
Al fin y al cabo, logré, en medio de esa
adversidad, encontrar mi vida».

CON EL UNIFORME DEL COLEGIO
***CUANDO LOS PÁJAROS NO CANTABAN**, TOMO TESTIMONIAL*







1

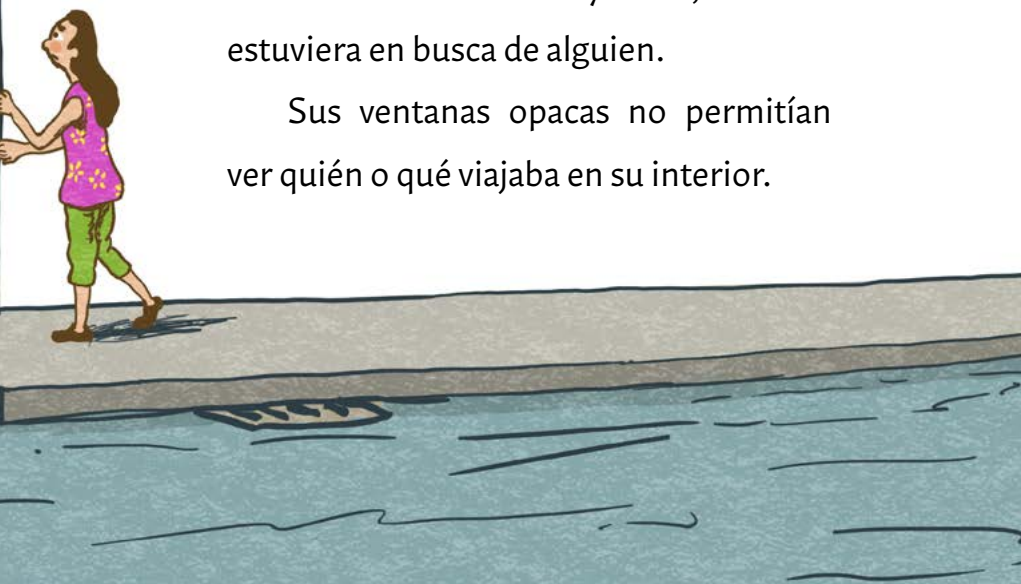
Dicen que el último día de cada mes, cerca del mediodía, por las calles de mi barrio aparecía el bus.

Nadie sabía quién lo conducía.

Nadie sabía de dónde venía ni para dónde iba.

El bus avanzaba muy lento, como si estuviera en busca de alguien.

Sus ventanas opacas no permitían ver quién o qué viajaba en su interior.



Nunca paraba, seguía su camino entre las calles, sin un rumbo claro.

Cuando el bus se asomaba por alguna de nuestras calles, todo el mundo se escondía.

Muchas personas de mi ciudad habían sido secuestradas.

Mi hermana mayor había sido secuestrada.

Todos creían que el bus venía a llevarse a las personas.





2

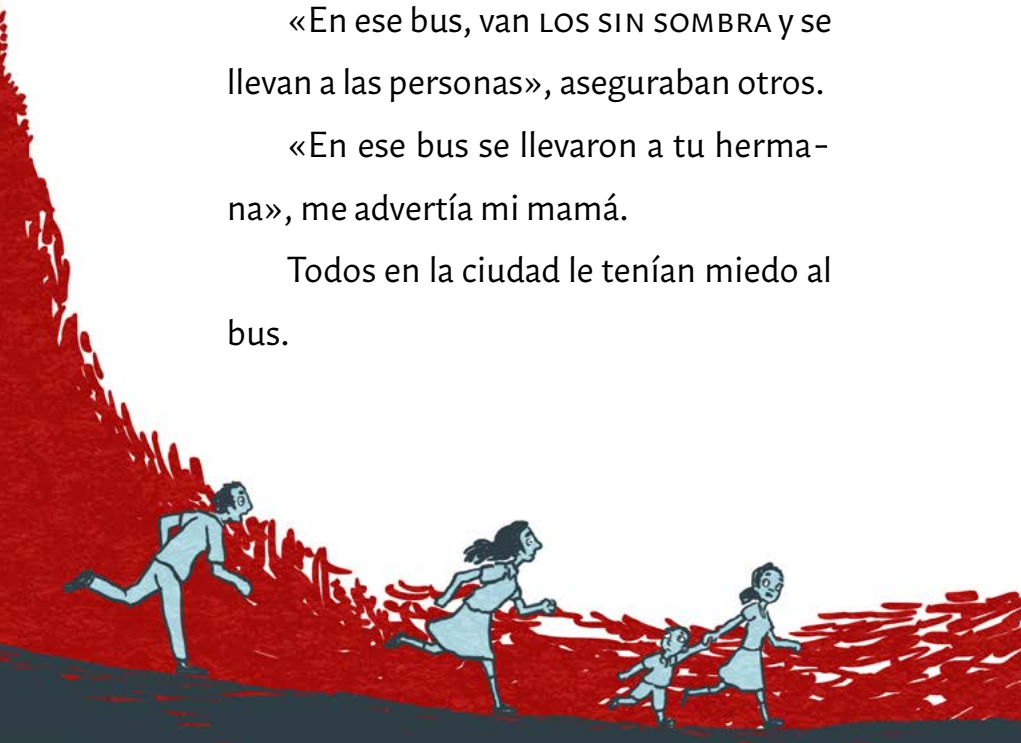
«Si el bus se acerca, salgan corriendo», nos advertían los mayores.

«Ni siquiera lo miren, no se suban nunca», nos repetían.

«En ese bus, van LOS SIN SOMBRA y se llevan a las personas», aseguraban otros.

«En ese bus se llevaron a tu hermana», me advertía mi mamá.

Todos en la ciudad le tenían miedo al bus.



Todos menos yo, Simona. Incluso lo dibujaba, aunque nunca lo hubiera visto.

Yo no estaba en el barrio el día en que LOS SIN SOMBRA se llevaron a mi hermana. En mi casa, nadie hablaba de aquel día, apenas había escuchado el rumor de que se la habían llevado en ese bus, así que tenía que resolver su misterio.





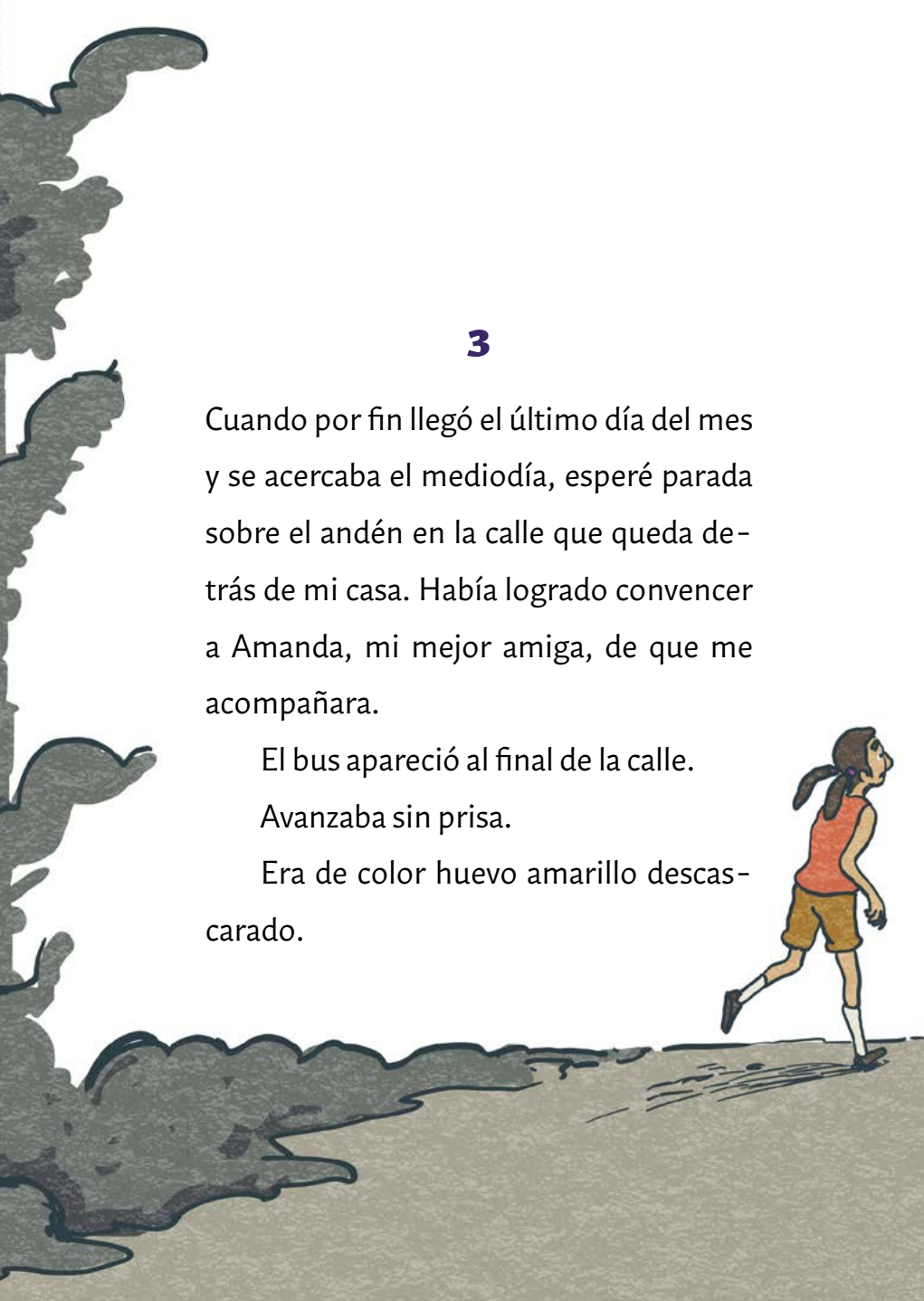
3

Cuando por fin llegó el último día del mes y se acercaba el mediodía, esperé parada sobre el andén en la calle que queda detrás de mi casa. Había logrado convencer a Amanda, mi mejor amiga, de que me acompañara.

El bus apareció al final de la calle.

Avanzaba sin prisa.

Era de color huevo amarillo descascarado.



Su trompa con marcas de muchos choques me recordó el rostro de una persona cuando está furiosa.

A diferencia de los otros buses, no hacía ruido y su motor no rugía.

Todos los que estaban por ahí huyeron despavoridos.

Solo Amanda y yo nos quedamos esperando tomadas de la mano.

—¡Nos va a llevar! —exclamó Amanda asustada—. ¡Vámonos, Simona! —suplicó Amanda.

Cuando el bus ya se acercaba, Amanda me soltó la mano y salió corriendo.

Por una de las ventanas del bus me

pareció ver a una joven, unos tres o cuatro años mayor que yo, vestida con uniforme de colegio.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que era mi hermana.

Había cambiado: sus ojos color café miel fresca del panal lucían tristes.

Mi hermana y yo nos miramos por unos segundos. Abrió los labios como si fuera a decirme algo, pero el bus prosiguió su camino.

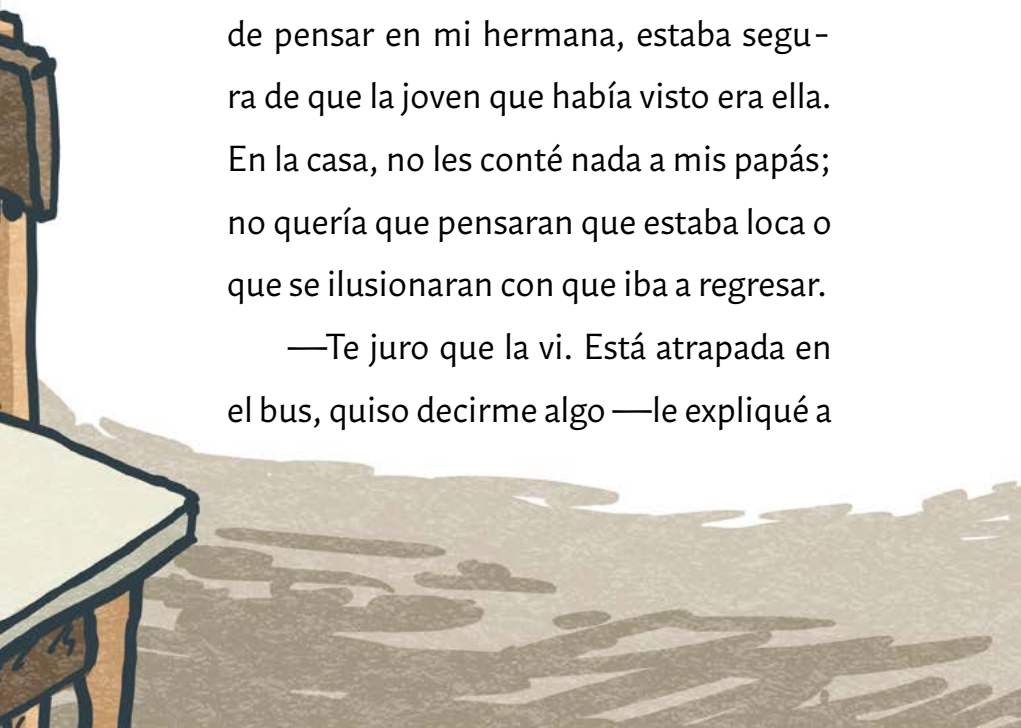
Corrí detrás del bus, pero cuando giró al final de la calle se desvaneció.



4

Al siguiente día, cuando nos encontramos en el colegio, Amanda trató de convencerme de que no volviera a acercarme al bus. Por mis ojeras, se dio cuenta de que había estado llorando. Yo no dejaba de pensar en mi hermana, estaba segura de que la joven que había visto era ella. En la casa, no les conté nada a mis papás; no quería que pensaran que estaba loca o que se ilusionaran con que iba a regresar.

—Te juro que la vi. Está atrapada en el bus, quiso decirme algo —le expliqué a



mi amiga—, pero no pudo, porque el bus siguió.

—Esa no es tu hermana, Simona —insistió Amanda—. El bus se lleva a las personas para siempre. LOS SIN SOMBRA le roban el alma a los que se llevan.

Esta vez fui yo la que se alejó de Amanda. Me dolió que no me creyera y también sus palabras. Yo no perdía la esperanza de volver a ver a mi hermana, así que debía encontrar la forma de detener el bus y recuperarla. Aunque nadie decía nada, yo sabía que mi papá y mi mamá esperaban que algún día mi hermana fuera liberada.





5

El siguiente último día del mes, cerca del mediodía, salí de la casa sin hacer ruido. Hacía mucho calor, así que mi familia y los del barrio estaban escondiéndose del sol y del bus misterioso.

Yo llevaba una mochila llena con mis cuadernos y mis útiles. También empaqué una manzana y unas galletas. Me había vestido con el uniforme del colegio, como iba vestida mi hermana cuando se la llevaron. Era parte de mi plan: si el



bus creía que yo era estudiante iba a detenerse. Por culpa del calor parecía que el suelo al final de la calle temblaba. Me senté en el andén a esperar que llegara el bus. Un perro muy flaco llegó a mi lado olfateando mi mochila. Compartí con él parte de la lonchera que llevaba.

Cuando ya creía que no vendría, apareció.

Como siempre, avanzaba muy despacio, sin detenerse.

Estuve a punto de salir corriendo. Respiré muy hondo y me quedé muy quieta. «Mi hermana me necesita», pensé para darme ánimo.

El perro empezó a ladrarle al bus, pero cuando se iba acercando huyó asustado. Con mi mochila colgada sobre la espalda esperé sobre el andén.

El bus se detuvo.

Su puerta se abrió rechinando.

Del interior escapó una gruesa nube de bruma.

No lo pensé más y subí los tres escalones.

La puerta se cerró detrás mío y el bus emprendió su lento viaje.



6

No estuve mucho tiempo dentro del bus.

No pude ver el rostro de quien conducía, pero sí logré hablar con mi hermana. Yo me había imaginado que nos abrazaríamos, pero no fue así.

Al verme, ella me dijo:

—No recuerdo quien soy. Solo sé que tengo una hermana que se llama Simona. Nada más. Siento que debo encontrarla y así podré salir de este bus —Señaló el corredor con sus sillas vacías.



No me había reconocido. Su piel, antes radiante como una zarzamora, ahora lucía pálida y seca.

—¿Puedes ayudarme? —me preguntó con los labios temblorosos.

No fui capaz de decirle que yo era Simona. En sus ojos vi que había sufrido muchas cosas dolorosas todo este tiempo lejos de nuestra casa y por eso no quise decirle que yo era a quien buscaba. Al parecer, los Sin sombra le habían robado sus recuerdos.

—La encontraré —le dije. Me costaba respirar—. Le diré que la estás buscando, que la necesitas para salir de aquí

—Estaba a punto de llorar, aunque logré contener mis lágrimas.

El bus se detuvo de repente. El conductor movió su brazo como señal de que debía bajarme.

Aunque parecía que habíamos avanzado algunas calles, estaba frente a mi casa. Quise decirle a mi hermana que esa era también su casa, pero tan solo me bajé del bus.

Esa misma tarde, le conté a Amanda lo ocurrido; esta vez me creyó. Después de regañarme y también de pedirme perdón por haberme dicho que mi hermana nunca volvería, me dijo muy segura:

—Simona, debes encontrar la forma de que tu hermana recupere sus recuerdos y así pueda volver. Cuando sepa quién es podrá salir del bus.



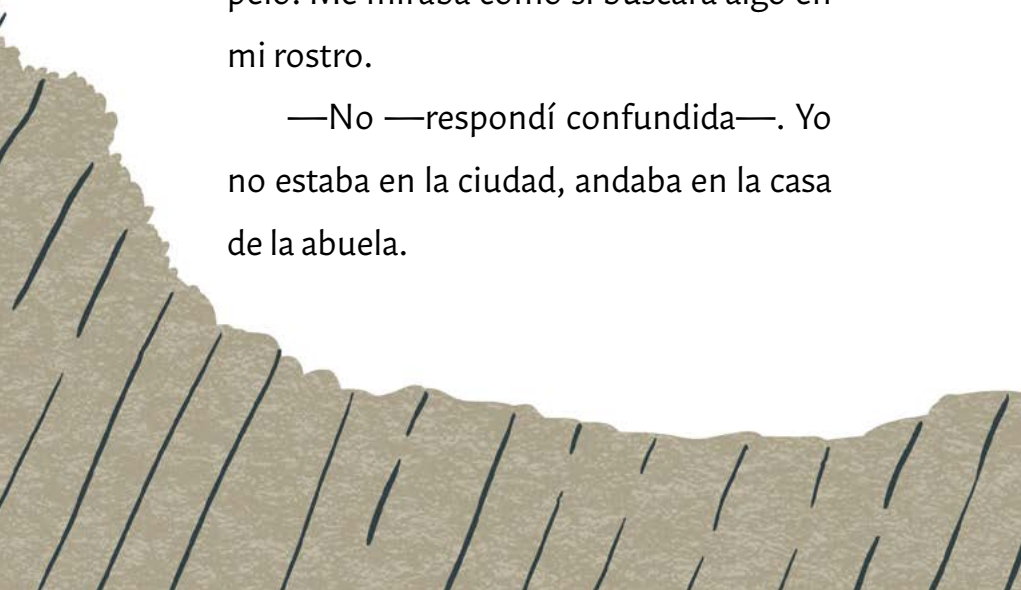


7

Esa noche, después del encuentro con mi hermana, le pregunté a mi mamá cómo había sido su secuestro. Ella se quedó un buen rato en silencio.

—¿No te acuerdas nada de ese día, Simona? —me dijo acariciándome el pelo. Me miraba como si buscara algo en mi rostro.

—No —respondí confundida—. Yo no estaba en la ciudad, andaba en la casa de la abuela.



Mi mamá asintió varias veces. Tomó mi cuaderno de dibujos: se detuvo en una página en la que había dibujado el bus.

—A veces es mejor olvidar —dijo cerrando el cuaderno—. Cuando te quitan lo que más quieres es mejor olvidar.

Me dio un beso en la frente y se marchó a su habitación. Esas palabras me hicieron pensar que tal vez eso mismo le había pasado a mi hermana: le habían quitado su vida y por eso ahora no podía recordar.

Como no podía dormir, entré en el cuarto de mi hermana. Todo estaba justo igual que el día que se marchó.

Reconocí su mochila tirada junto a la cama. ¿Por qué estaba allí?, ¿no la tenía con ella el día en que se la llevaron?

Al revisar su contenido por unos segundos, me vi atrapada dentro del bus, llorando asustada. Entonces, entendí lo que había ocurrido ese día cuando mi hermana fue secuestrada.

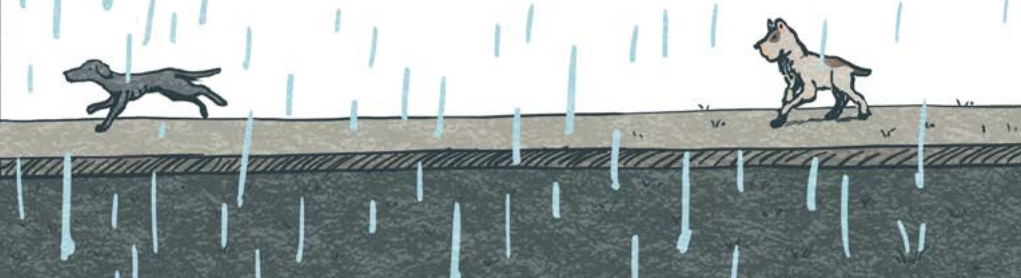


8

Al siguiente último día del siguiente mes, volví a esperar el bus. Ahora que sabía lo ocurrido, tenía un nuevo plan para que mi hermana supiera quién era yo y pudiera regresar a casa.

Cerca del mediodía, en medio de la lluvia, apareció el bus. Como siempre, el bus avanzaba sin afán y en total silencio.

El bus se detuvo frente a mí y abrió la puerta permitiendo que yo subiera en medio de una enorme garra de bruma.



Esta vez sí pude ver el rostro del conductor y también que su cuerpo proyectaba una sombra sobre el piso del bus.

—¿Encontraste a Simona? —dijo mi hermana sin siquiera saludar.

—Sí —respondí—, la encontré.

Mientras el bus avanzaba, nos sentamos en una de las bancas.

Le entregué su mochila y le expliqué que era suya. Ella la abrió y empezó a sacar los objetos allí guardados: dos cuadernos, un lápiz y un borrador mordidos, un cepillo de pelo, unas hojas con algunos dibujos, una carta de amor de un muchacho de su curso, una lista con los nom-

bres de sus mejores amigas, un poema para una tarea, una chocolatina ya seca, y un dibujo hecho por mí de las dos cuando éramos más pequeñas.

Le tomó unos segundos reconocer nuestros rostros en las dos niñas de la imagen.

Con delicadeza, la tomé de la mano y las dos pudimos recordar:

LOS SIN SOMBRA detienen el bus.

En cuanto abordan, dicen nuestros nombres.

¿Por qué saben nuestros nombres?, me pregunto.

—Nos quieren llevar a las dos —dice mi hermana.

Ella me oculta debajo de la silla. Me cubre con nuestras mochilas. Yo quiero pedir auxilio, quiero evitar que se la lleven, pero me quedo quieta y en silencio.

—Simona, volveré —escucho que me dice.



Después de recuperar los recuerdos de aquel día, mientras el bus avanzaba, nos abrazamos y lloramos un buen rato.

De repente, las ventanas del bus se iluminaron y, como en una película, sobre ellas aparecieron las imágenes de los momentos tristes que vivió mi hermana lejos de casa, atrapada por LOS SIN SOMBRA. Allí pude ver cómo su pelo, su alegría, su sonrisa, se iban borrando hasta que ella se convertía en otra persona. En varias de las escenas pude reconocer que algunos de LOS SIN SOMBRA recuperaban su sombra y al igual que mi hermana buscaban regresar a sus casas.

La última imagen que apareció fue una de las dos caminando, poco antes de que subiéramos al bus y la secuestraran.

Cuando las imágenes terminaron, mi hermana se lamentó diciendo:

—Te perdí —sollozó.

—Me protegiste, me salvaste —le dije—. Nunca me perderás, ni yo a ti.

—No, fuiste tú la que me salvó —dijo mi hermana—, durante todo ese tiempo lejos me aferré a tu recuerdo para poder volver a nuestra casa. Antes de liberarme, LOS SIN SOMBRA me quitaron ese último recuerdo y aun así pude llegar a ti para que me ayudaras a recordar. —





Hizo una pausa—. Ahora recuerdo que el conductor —señaló al hombre— recuperó su sombra y por eso decidió ayudarme. Otros han recuperado sus sombras y buscan su pasado, como yo.

El bus se detuvo de golpe. La puerta se abrió. Ya no había niebla. Mi hermana tenía miedo de bajar.

—Yo estaré a tu lado —le prometí.

Muy despacio, sin prisa, las dos descendimos del bus. Desde la acera, vimos cómo se alejaba hasta perderse al final de la calle.

El último día del siguiente mes, cerca del mediodía, iba caminando con mi her-

mana por una calle de nuestro barrio. Su piel había vuelto a resplandecer y su cabello de nuevo era negro gato de cuento.

El bus apareció avanzando en nuestra dirección. Venía hacia nosotras más rápido.

Ahora era amarillo banano de cosecha. Su trompa parecía sonreír. De su interior, se escuchaba música y su motor rugía. Yo quise correr, pero mi hermana me dijo que debíamos esperar.

—¡El bus, el bus, te van a llevar otra vez! —le grité asustada.

—No, esta vez no lo permitiré —me prometió tomando mi mano—. Tal vez, alguien más está perdido —señaló al bus

que se acercaba— y necesita encontrar su casa.

—Lo ayudaremos entonces —musité confiando en ella.

Cuando el bus se detuvo, ninguna bruma escapó por su puerta. Varios niños y niñas descendieron felices, regresaban del colegio.

Mi hermana sonrió aliviada, con la misma sonrisa de antes, la de siempre, la que nada ni nadie le pudo quitar, la sonrisa con el color más hermoso de la naturaleza.

La noche en que mi hermana regresó a nuestra casa, después de que ella se

durmiera, hice un nuevo dibujo de las dos. Mi papá lo vio y dijo:

—Si recordamos lo que queremos olvidar, muchos podrán regresar.







El cuento que acabas de leer es una derivación para niños del testimonio «Con el uniforme del colegio» incluido en ***Cuando los pájaros no cantaban****, tomo testimonial del Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.*

Las páginas de este libro fueron diagramadas con la tipografía Epica Sans, del diseñador nacido en Pasto, Nariño, Oscar Guerrero Cañizares.

EL BUS MISTERIOSO
Colección:
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas
1era edición, enero 2026
978-958-717-297-3

Se prohíbe la venta total o parcial de esta publicación. Se autoriza su reproducción gratuita para fines de investigación, incidencia y educación, siempre que se reconozca la fuente.

Libro impreso en Colombia por Panamericana formas e impresos S.A.

COMITÉ EDITORIAL
Editor
Juan Sebastián Montoya

Escritor - Derivador
Miguel Mendoza Luna

Ilustrador
Rafael Yockteng

Diseño Editorial
Elizabeth Cuervo

Tipografía de interiores: Epic Sans
Oscar Guerrero Cañizares

DIRECCIÓN GENERAL, SELECCIÓN Y CUIDADO DE TESTIMONIOS ORIGINALES
Alejandro Castillejo – Cuéllar
Ex comisionado de la Verdad

Andrea del Pilar Mora Manrique
Jefferson Gallego Figueredo
Jorge Andrés Bautista Bulla
Juan Camilo Aljuri Pimiento
Katherine López Rojas

Las historias que componen esta colección fueron derivadas del Tomo Testimonial «Cuando los pájaros no cantaban» del Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición – CEV.

El Centro de Memoria, Paz y Reconciliación y la Fundación PLAN han realizado todos los esfuerzos posibles para garantizar la precisión de la información contenida en esta publicación al momento de su impresión.

Para más información sobre el uso, reproducción o impresión de esta publicación, por favor contactar a:

Equipo de Comunicaciones – Fundación PLAN
comunicaciones@plan.org.co

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
centromemoriaypaz@alcaldiabogota.gov.co

Alcalde Mayor de Bogotá
Carlos Fernando Galán Pachón

Secretario General
Miguel Silva Moyano

Oficina Consejería Distrital de Paz, Víctimas y Reconciliación – OCDPVR
Isabelita Mercado Pineda

Directora Centro de Memoria, Paz y Reconciliación – CMPR
Andrea del Pilar Mora Manrique

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
Jorge Andrés Bautista Bulla
Jefferson Gallego Figueredo

Fundación PLAN
Presidenta Fundación PLAN
Ángela Anzola De Toro

Vicepresidenta Programática Fundación PLAN
Pamela Escobar Narváez

Vicepresidente de Operaciones Fundación PLAN
Christian Medina López

Directora de Implementación y territorio
Martha Espinosa

Directora de Investigación y Lineamientos Técnicos
María Fernanda Ariza Beltrán

Gerenta de Comunicaciones
Karen Gálvez Cubides

Gerencia de Proyecto
Dora C. Rodríguez Avendaño

Equipo técnico
Profesional especializado
Camila Gómez

Coordinadora de Proyecto
Melissa Marroquín Real

Profesional líder del Proyecto
Paola Piracoca

CENTRO de MEMORIA PAZ y RECONCILIACIÓN
ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

PLAN INTERNATIONAL
Por la niñez en Colombia

CONSEJERÍA DISTRITAL DE PAZ, VÍCTIMAS Y RECONCILIACIÓN
BOGOTÁ

LEGADO COMISIÓN DE LA VERDAD

Con apoyo de:

Universidad de los Andes Colombia





En el barrio donde el tiempo se detiene y los recuerdos se ocultan tras el rumor de un motor lejano, un bus avanza lento, buscando sombras y secretos. Hay quienes temen su paso y quienes, como Simona, desafían la bruma por amor, memoria y esperanza. En las ventanas opacas del misterio, se dibujan historias de pérdida y reencuentro, y entre el eco de pasos huidizos, florece la promesa: la luz de la ternura puede devolvernos lo que el olvido arrebató. En cada página, late el coraje de una hermana y la posibilidad de regresar a casa.

ISBN: 978-958-717-297-3